LA NOVELA SUGESTIVA

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

HISPANOAMÉRICA			OTROS PAÍSES		
Año.....	Pts.	24	Año.....	Pts.	40
Semestre...	»	12	Semestre...	»	24
Trimestre..	»	6	Trimestre..	»	12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



La Novela Sugestiva

DOÑA PACA Y SUS SOBRINAS

por

AURELIO GARCIA CARRERAS

Ilustraciones de
M E L

41

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

CAPÍTULO I



los diecinueve años vino Gerardo a Madrid. Era un muchacho bien puesto por la naturaleza y el sastre. Moreno, espigado, esbelto, con una gran boca de gozador y martirizante, los ojos rasgados y morunos y una nariz de gancho que había enganchado a más de una belleza de la apaciguada y silente Almería, en donde vió la luz primera.

No imaginad, lectoras, por los encantos físicos expuestos que Gerardo Daoliz, pese a su juventud, había sostenido luengos y dulcísimos diálogos con la señorita Venus. Tal vez mi descripción del tipo os haya inducido a error. No. Gerardo Daoliz era, a sus diecinueve años, lo que pudiéramos llamar «un gran voluptuoso en potencia».

He dicho, bien es verdad, que del gancho de su nariz—aún no ha sido explicado suficientemen-

te el prestigio que tiene para las señoras una magnífica nariz aguileña—quedó colgada más de una belleza almeriense. Pero esta afirmación no supone que Gerardo se beneficiara del sabroso colgante. Era un fenómeno ajeno a su voluntad, y ante cuya frecuencia no se dió él jamás por aludido.

Van quedando, bien lo sé, pocos ejemplares de estos jóvenes voluptuosos en potencia. Pero yo no tengo la culpa que Gerardo fuese uno de ellos.

Como todo mancebo que llega a su edad..., «campo de nieve inmaculado», Gerardo Daoliz experimentaba, ante la posibilidad de un enlace venusto, algo así como un terror supersticioso. ¿Timidez? ¿Falta de decisión? No lo sé. No nos importa tampoco. El hecho cierto es que Gerardo se consumía en el fuego devorador de su temperamento exaltado, sin decidirse a librarse, de una vez para siempre, de aquella virginidad incomprensiblemente adherida a su cuerpo con la voracidad obstinada de un mejillón al casco de un buque.

Vino a Madrid a cursar en las inhóspitas aulas de la Universidad Central el segundo año de Derecho. Provisionalmente, mientras no encontraba más tranquilo y estable acomodo, hospedóse en el primer hotel que la interesada oficiosidad de un impecablemente uniformado intérprete le ofreció a la salida de la estación de Atocha. Basta este detalle para suponer la privilegiada situación económica de sus padres.

Su carácter, un poco taciturno, y su indudable aplicación estudiosa, no eran óbice para que el pobre Gerardo se sintiese profundamente perturbado por el irresistible atractivo de la vida cortesana. El espectáculo de estas endiabladas mujeres de la ciudad ocasionábale las más intensas inquietudes sensuales. Más de una vez había regresado a su hotel casi enfermo, poseso de un raro temblor que le hacía temer la proximidad de una altísima fiebre. ¡Era como un nuevo mundo henchido de las más soñadas y acariciadoras posibilidades que se ofrecía a sus ojos asombrados! Luego, afortunadamente, fué perdiendo aquella aprensión que le asaltaba al sentirse, de pronto, la garganta seca, la respiración difícil y las piernas débiles como en un anticipo de negativa a seguir sosteniéndole. Y fué perdiendo tal aprensión al observar que los mismos síntomas sólo se producían como efectos de las mismas causas. Esto es: de la proximidad de una linda mujer en el tranvía, de la visión reiterada de una cocota en Riesgo, La Granja o el Barflor, o de la asistencia —involuntaria aunque complacida—al tierno idilio de una dulce parejita despreocupada en la celestinesca oscuridad del Rialto.

Más de una noche, en que la excitación de las impresiones del día dificultábale la propia entrega en brazos del sueño reparador, nervioso, desesperado, se prometía a sí mismo un poco de valor para el siguiente día, y acabar con aquella barrera

que le separaba, sin justificación ninguna, estúpidamente. del paraíso encantado de las mujeres.

Pero llegaba el día siguiente y volvía a su timidez inveterada, a aquella falta de decisión, a aquel terror incomprensible que, a su edad, le había ya hurtado tantas horas de amorosos placeres.

Hasta que un buen día... Hojeaba el *A B C* a la puerta de la Universidad, esperando el momento de entrar en clase. Por rara casualidad detuvo su vista en un anuncio: «Pensión completa para estudiante, único huésped en casa todo confort. Ferraz, número tantos».

El anuncio, efectivamente, no era para despertar la atención ni el interés de nadie. Pero a él, por esas oscuras relaciones que Freud ha tenido el humorismo de querer interpretar; él, que en donde se hospedaba pasábalo perfectamente, sin saber por qué, empeñóse, en una rápida determinación inquebrantable, en acudir al vulgarísimo llamamiento.

Y así. en cuanto salió de clase, tomó un taxi y se dirigió como una flecha a la calle de Ferraz.

Pero... ¿qué era aquello? ¿Indecisión, timidez nuevamente? Pero... ¿Indecisión de qué? ¿Y por qué? Sin embargo, a punto estuvo de renunciar—cuando se detuvo el auto ante un portal magnífico, guardado por un formidable portero empatillado—y de dar al chofer la dirección de

su hotel. Se sobrepuso a sí mismo, no obstante, y entró en el lujoso ascensor, de rubia caoba reluciente, que a él se le antojó jaula de oro que había de elevarle a un paradójico paraíso de infierno.

Volvió, antes de tocar el timbre, a mirar el anuncio. Era allí..., primero derecha. Se lo acababa de decir el portero.

Le hicieron pasar a un saloncito deliciosamente acogedor, pese a la severidad, quizá un poco recargada, de la decoración y el mobiliario. Dos o tres jóvenes esperaban turno para hablar con la dueña de la casa.

De pronto se abrió una puerta y apareció Juanito Andrades, un compañero de curso. Al ver a Gerardo, se acercó y le dijo quedamente:

—Chico, ¿tú también vienes a esto? Pues es una oposición, como quien dice. Ahora... que a mí me han suspendido. Figúrate... Quinientas pesetas que piden por el hospedaje. Pero, chaval, son cuatro señoras que quitan la cabeza. Chico, a mí me han azorado. ¡Te miran de arriba abajo con una insistencia! ¿Tú estás dispuesto a pagar las quinientas del ala? No seas primo.

Gerardo tartamudeó:

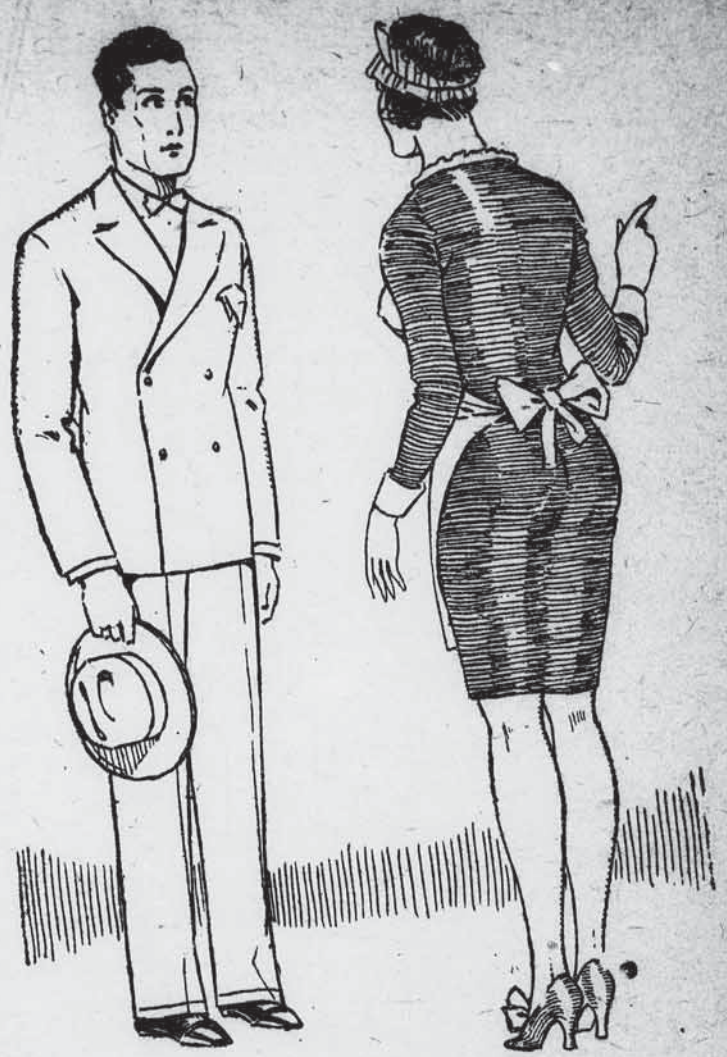
—No sé..., no sé... De hotel vengo a pagar lo mismo. Y en familia... siempre se estará mejor.

—Siendo así... Allá cada uno. Las señoras lo valen. Eso ni que decir tiene. Pues, chico, buena suerte, y a ver qué pasa.

Se marchó Juanito Andrades, y tras él, lentamente, los que se habían adelantado a Gerardo en la llegada. Dos o tres veces, si hemos de ser historiadores veraces de ésta, contra nuestro deliberado propósito, un poco desenfadada historia, experimentó la urgente necesidad de renunciar a la oposición. Pero algo más fuerte que su voluntad le retenía clavado en el asiento.

Al fin llegó su turno, y pasó a otro saloncillo, de gusto completamente distinto al otro en que había esperado. Era el recinto no muy amplio, en el que se hacía un poco difícil avanzar, a causa de la profusión de pequeños y caprichosos muebles volentes. En el ángulo destacábase la visión achatada de una vasta cama turca, abarrotada de sedosos y muelles cojines. La decoración, en general, respondía a ese gusto moderno en que las formas tradicionales devienen casi mostruosas y ejercen una decisiva influencia sobre nuestra sensualidad pervertida.

El pobre Gerardo pasaba, sin transición, de una perplejidad a otra. Comprobó, como le había dicho su amigote, que eran cuatro las examinadoras. Pero he aquí que una de ellas, a juzgar por el indumento, debía de ser la propia doncella de la casa. Y como si se tratase de una cuarta dueña de la misma, le interrogaba, y recibía con gestos complacidos sus contestaciones. Ni siquiera le aho-



A juzgar por el indumento, debía ser la propia doncella.

rraba la vergüenza de sentirse también por parte de ella—aunque con menos insistencia que por parte de las otras—escrupulosa y atentamente examinado de los pies a la cabeza. Una de las cuatro era, sin duda, de bastante más edad que las otras.

Algunas de las observaciones que le hacían eran francamente intolerables.

—Suponemos que es usted—le decía la mayor—un muchacho formal, de conducta irreprochable. No queremos en modo alguno a un calavera en casa. ¡Ah, eso sí que no! El ideal sería que no saliera usted de noche, caso, naturalmente, de no salir con nosotras.

Luego le explicó:

—Yo soy la tía de estas dos muchachas, hermana de la madre de la una y del padre de la otra. Ellas, por lo tanto, son primas. Le habrá extrañado la presencia aquí de la doncella. Sí, yo lo comprendo..., es un caso poco frecuente. ¡Qué quiere usted! Está conmigo desde los diez años, y aunque ella suele abusar de su situación privilegiada, yo la considero casi como a una de la familia. Suele tener buen ojo en esto de la selección del huésped único. Y aquí tiene usted justificada su presencia en estos instantes.

Dicho lo cual esgrimió los impertinentes, y con el mayor descaro volvió a acribillarlo a miradas.

Después se volvió a sus sobrinas y la doncella:

—¿Qué os parece? Soy de opinión... que este

muchacho está muy bien. Francamente..., es lo mejor que se ha presentado.

—Por mí...—dijo una de las sobrinas.

—Por mí...—repitió como un eco la otra.

—Yo creo..., como la señora—dijo la doncella—, que debe aceptar a este caballero.

—Bien. En ese caso... Ahora no queda más que ponerse de acuerdo en el precio. Ya le he dicho que se suele comer en casa. ¿Le parece a usted... unas trescientas pesetas mensuales?

Gerardo, acordándose de lo que acababa de comunicarle el otro, se atrevió a preguntar:

—¿Cómo ha dicho usted, señora?

—Trescientas, trescientas pesetas.

—Me parece muy razonable.

—Desde luego, nada de pagos adelantados. Cuando se trata con un caballero...

—Muchas gracias, señora.

Como una amapola salió Gerardo del saloncito turco. Había quedado con la señora de la casa en instalarse en ésta desde el día siguiente.

A saltos, como idiotizado, bajó la escalera. Al verse en la calle hizo una profunda aspiración y abrió desmesuradamente los ojos, como para convencerse de que no desembocaba en la realidad después de una absurda pesadilla. ¡Una absurda pesadilla, henchida al mismo tiempo de no sabía qué perturbador encanto morboso!

Y otra vez la duda cruzó por su mente.

—¿Vuelvo o no vuelvo?...

CAPÍTULO II



ARA acabar de grabarse en la memoria los nombres y atributos físicos de las cuatro figuras principales de la casa, Gerardo—no tuvo más remedio—hubo de recurrir a un curioso expediente.

Tomó una cuartilla y escribió:

«Doña Paquita, la tía: de treinta y siete a treinta y nueve años. Castaña.

»Gloria, la sobrina mayor: debe de andar por los veinticuatro. Morena rabiosa.

»Luz, la sobrina menor: ¿habrá cumplido los veintiuno? Rubia, casi traslúcida.

»Gertrudis, la doncella...: Esta, seguramente, no cumple otra vez los veinticinco..., quizá los veintiséis. Morena pálida.»

Esto hacía Gerardo la primera noche de su estancia en casa de doña Paquita. Se había pasado

todo el día equivocando los nombres y los encantos carnales de las cuatro mujeres. Redactado el cuadro sinóptico, se acostó y se puso a estudiarlo.

Y así fué cogiendo el sueño, repitiendo cada vez con menos conciencia de lo que decía:

—Gloria, la sobrina mayor... Luz, la sobrina menor... Gertrudis, la doncella.

El recurso surtió los efectos apetecidos, pues al despertar por la mañana observó con gran contentamiento que se sabía la lección admirablemente, y que ni por casualidad invertía una sola vez los amenísimos términos.

Durante las comidas observaba con mucha atención a las cuatro mujeres. En su imaginación desbocada de meridional lascivo—siquiera fuese la suya, o quizá por eso mismo, una lascivia rabiosamente contenida—perpetraba en cada una de ellas los más dulces pecados de la carne. De ellos estaba bastante al corriente, claro que de una manera teórica, por sus constantes lecturas eróticas y por las charlas y confidencias de sus amigos y camaradas de estudios.

Incluía—sólo la duda ofende—en sus pecaminosas imaginaciones a la soberbia doña Paquita, de una belleza esplendorosa, con un no sé qué de crepúsculo iniciado, solamente iniciado, que le prestaba un fuerte encanto voluptuoso.

Bastaron tres días de permanencia en la casa para comprobar que la rigidez, casi la insolencia

impertinente de la primera entrevista, se iba trocando, a paso uniformemente acelerado, en una simpática y muy sincera familiaridad. Con razón nuestro buen Gerardo se congratulaba una vez y otra de su decisión aquella mañana que leyera el anuncio.

Pero era, por lo visto, inevitable que en su vida los estados de perplejidad se sucedieran unos a otros sin reparadora tregua. He aquí el peliagudo problema que se le presentaba. ¿Cuál de las cinco le gustaba más?

De las cinco, sí... Y no contamos nada más que cinco porque la cocinera, con la que eran seis las mujeres de la casa, no había que tenerla en cuenta, ni por su edad ni por la actual ruina de sus, acaso un día, venusinas gracias.

La que hacía el número cinco era Dionisia. la segunda doncella, la única que efectivamente ejercía funciones de tal, pues la primera, Gertrudis, dijérase que no tenía más obligación que la de vestir el uniforme de las de su oficio.

Por cierto que cada uno de los suyos valdría casi tanto como los mejores vestidos y arreglos de casa de la señora y las señoritas. Rara vez servía Gertrudis la mesa. Por el contrario, sentábase a ella, delegando en Dionisia lo que en cualquiera otra casa hubiera sido obligación suya ineludible. Era frecuente también verla salir con las señoritas. Pero no como acompañante, sino como una señorita más, tan bien vestida y alhajada como ellas. Ya que no resolver el problema, por lo menos logró Gerardo, muy razonablemente, reducir el campo de sus platónicos deseos a la tía, las sobrinas y la primera doncella. Y es que él se diría: «Para imaginar «locuras»..., con cuatro tengo bastante».

Dionisia, por otra parte, aun siendo muy linda y graciosa, desmerecía irremediablemente junto a aquellas cuatro deslumbradoras bellezas, cada una de rasgos y caracteres perfectamente definidos.

Doña Paquita era la hembra opulenta, de un sabor dulzón de fruto tropical. Gloria, la sobrina mayor, de carnes duras y apretadas, la mujer todo fuego, incansable en la reiteración del enlace normal, sin sutilezas ni complicaciones. Luz, la muchacha rubia y callada, de una belleza indolente, joya imponderable para los contactos obscenos y las caricias inconcluídas. Por último, Gertudis, con su color un poco macilento y su mirada ligeramente estrábica, la mujer de los vicios turbios y de las aficiones inconfesables.

De momento era Luz la que más le atraía, por una íntima sensación de ser ella la que ofrecía menos peligros. No podía evitarlo... Toda mujer era para él un abismo insondable, lleno de sombras y misterios atemorizadores. Doña Paquita... Gloria... Gertrudis... ¡No! ¡No! Horror de horrores. En cambio, Luz..., la de los ojos vagos y carne casi transparente... ¡Oh, un beso, un abra-

zo suyo, un contacto pecaminoso con aquel cuerpo blanco y acogedoramente tibio!...

Pensó una noche tener un gesto al día siguiente y, exponiéndose a todo, arrojarse de pronto sobre ella, robarle un beso, y luego, si su indignación no llegaba hasta el extremo de arrojarle airadamente de la casa, postrarse a sus pies y suplicarle el más generoso de los perdones.

Quizá sus aprensiones fueran excesivas. Recordaba una vez que acompañó a las cuatro al cine... Habían tomado un palco, y como casualmente su silla fuera la inmediata a la de Luz, sintió de pronto el contacto de su pie diminuto; contacto que fué luego extendiéndose a lo largo de las piernas, hasta llegar a las rodillas, en donde la presión se hizo más intensa y más... ¿Y más complacida? No se atrevía a afirmar nada, pero juraría que hubo un momento en que Luz volvió la cabeza y le miró con una mirada en que había tanto de fingido reproche como de tolerante complicidad.

No tuvo que buscar ocasión el afortunado mancebo para iniciar tímidamente un ligero avance... Se presentó la ocasión por sí misma una tarde en que estando él en su cuarto estudiando, oyó la dulce voz de Luz que le llamaba...

—¡Gerardo! ¡Gerardo! Aquí..., aquí... En el saloncito turco.

Acudió más que presuroso al llamamiento, y encontró a Luz tendida en la cama turca, envuelta—quizá dijéramos mejor desenvuelta—en un celeste kimono de seda, las puertas del balcón totalmente cerradas, sin más luz en la estancia que la que irradiaba, muy tamizada por una coqueta pantalla rosa, una lámpara muy pequeña, portátil, colocada a la sazón a la cabecera del diván otomano, en un pequeño taburete de cedro.

—Le he llamado—le dijo—por si no tiene usted inconveniente en hacerme un poco compañía. No sé lo que me pasa esta tarde... Tengo así... como una tristeza, como un desengaño de todo... ¿No le perturbo en su trabajo?

A Gerardo se le encendieron las mejillas.

—No, señorita. De ninguna manera... Por mí, encantado. No sé cómo agradecerle...

—Entonces..., tenga la bondad... Arrime esa butaca aquí a la cama y siéntese a mi lado. Muy bien. Muchas gracias.

Alargó el brazo hacia el taburete, abrió una pequeña caja dorada y sacó de ella dos cigarrillos.

—Hora es ya que vayamos teniendo un poco de confianza. ¿No le parece, Gerardo? En España aún no nos hemos acostumbrado del todo a ver fumar a las señoras. Mucho menos a las señoritas. Hasta hoy he tenido que ocultarme de usted. Es un poco ridículo, ¿verdad? Encienda, haga el favor, y deme fuego...

Echó la primera bocanada, amplia, profunda, y suspiró:

—¡Ay, qué delicia!

Luego, sonriendo:

—Tiene usted una cara de asombro, encantadora, querido Gerardo. Está visto... No hay más remedio que llegar a ciertas explicaciones. La primera va a ser que ya no puedo aplazar por más tiempo el deseo de hablarte de tú. Desde luego, nada más que cuando estemos a solas. Escucha, Gerardo: la señorita Luz, la mosquita muerta de la señorita Luz, se te va a revelar en este instante. Yo me conozco, y sé que viviendo bajo el mismo techo con un muchacho tan simpático y tan guapo como tú, no sabría fingir todo lo debido. Si yo fuera otra, iniciaría ahora una escena de insinuaciones hasta llegar adonde vamos a llegar... seguramente, si tú no te opones..., y supongo que no te opondrás. Yo prefiero el camino derecho. Para que te expliques el tono de absoluta libertad con que te hablo, conténtate con saber que hasta hace seis meses he vivido en Nueva York con mi padre, en donde él reside, y que si ahora vivo en España es solamente porque mi tía me invitó a pasar una temporada con ella. ¡Ay, Gerardo, allí se vive! En Nueva York, en toda Norteamérica, las relaciones entre muchachas y muchachos son algo muy distinto de lo que sucede en España. Ocho o nueve días llevas viviendo a mi lado y aún no nos hemos hecho otra caricia que aquella..., deliciosa,

eso sí, por lo bien disimulada, en el cine. ¡Bah, no lo niegues! Ya ves que mi franqueza no es como para venirse ahora con hipocresías. Ese respeto, esa rigidez española, allí no serían concebibles. Hablan de los domingos del Támesis... ¡Ay, si tú conocieras los domingos del Hudson! En cada barca, como quien dice, una pareja de enamorados, cubiertos apenas por una manta o por un paño cualquiera... Bueno, no te hagas tampoco demasiadas ilusiones... Conmigo no vas a hacer el amor. Pero ciertas cosas... ¿Por qué no? Somos jóvenes. Me gustas mucho. Yo..., yo no sé si te gustaré; pero, vamos, reconoce que no estoy mal del todo. ¡Pobre Gerardo! Estás como si acabaras de caer de otro mundo. Verdaderamente hay una diferencia tan enorme entre la señorita Luz, calladita, ruborosa, que has conocido hasta este momento, y la muchacha que te dice todas estas cosas, que a tus oídos, a los oídos de un señorito español, deben de sonar como las más desvergonzadas procacidades...

En efecto, las consecuencias «tradicionales» de la excitación sensual—sequedad de garganta, opresión torácica, temblor en las piernas—se le complicaban aquella vez a Gerardo con una sensación absoluta de atontamiento, como si los sesos le hubieran sido absorbidos de pronto por una invisible máquina pneumática.

Temió ella que el asombro de Gerardo le incapacitase para todo posible escarceo pecaminoso,



—No sé lo que me pasa esta tarde.

por lo que se apresuró a poner inmediato remedio.

—Supongo que serás todo un «caballero español» para olvidar... hasta otra vez cuanto suceda aquí esta tarde. Y ahora..., Gerardito..., *my little friend*... Si fueras tan amable que quisieras ponerte de pie y acercarte más todavía...

A Gerardo le surgió involuntariamente de los labios:

—Se..., señorita... Señorita Luz...

Y entonces ella, entornando los ojos en un inenarrable gesto de delirio voluptuoso:

—Señorita Luz, no... Luz... Tu chiquilla..., para ti quizá un poquito extravagante.

Como él estuviera ya de pie, tocando materialmente con las rodillas el borde de la cama turca —no sin antes haber dirigido una mirada rápida a la puerta y comprobado que estaba perfectamente cerrada—, Luz se incorporó, apoyó el busto sobre un brazo, y con el otro rodeó el cuello de su pupilo.

¿Qué maravillosa ciencia era la de la boca de aquella mujer? Besos..., sí, algunos había dado y recibido el pobre Gerardo. Pero aquello no era un beso. Aquello era casi el deleite de una posesión completa... Además, tenía Luz una manera de frotar el rostro contra el de su amigo, de acercar a los labios de éste el cuello, las orejas, los ojos, que más parecía paloma que mujer.

Gerardo, palpitantes las sienes, trémulo todo el cuerpo de divina embriaguez, hubo de rogarle:

—¡Luz, chiquilla mía!... Terminarás por enloquecerme... Entrégate a mi amor, no me dejes con esta ansiedad...

La respuesta de Luz acabó de idiotizarle:

—Ni que lo sueñes. Ya te he dicho que no sería tuya. No cambio, no cambiaré jamás el amor completo por estas dulces caricias.

Y fué inútil toda súplica. La viciosa muchacha, ciertamente, supo hacerle gozar y supo gozar ella misma... Pero, ¡ay!, de una manera completamente elemental, por medio de ese procedimiento primitivo que tiene la criatura humana a su alcance cuando la carne ruge de furor contenido y no dispone de un sexo contrario y complaciente capaz de calmarle...

El, asombrado, quiso inquirir:

—Pero ¿cómo tienes voluntad para contenerte? Tú, que te las das de mujer moderna, ¿crees que la virginidad tiene tanta importancia?

—No tiene ninguna ni, aunque la tuviera, podría yo ahora defender lo que ya he perdido.

—¿Entonces? ¿Es que gozas viéndome sufrir?

Y ella, con mohín deliciosamente burlón:

—¡Quién sabe! A lo mejor has acertado.

CAPÍTULO III

Dos o tres noches después..., Gerardo, sigilosamente, abre la puerta de la alcoba de doña Paquita.

—¿Se puede?

Le muestra Gerardo la carta que al volver de la calle se ha encontrado sobre la mesilla de noche. «Gerardo, tenemos que hablar. Ven esta noche a mi cuarto. No tienes más que levantar el pestillo. *Paquita*.»

—Calla...—le dice en voz queda la que está a punto de que la llamemos soberbia matrona—. ¡Qué encanto de inocencia la tuya!... Claro que es mía la carta. Anda, desnúdate y acuéstate aquí a mi lado. Te repito lo de mi carta. Tenemos que hablar.

Es de creer que las entrevistas con Luz han empezado a transformar a Gerardo. El muchacho tímido, asustadizo, va perdiendo su timidez y su

miedo. El trato—con todas sus consecuencias—de la lindísima rubia debe de haberle demostrado que la mujer no es la criatura peligrosa que él tanto había temido. Algunos días antes, la sola posibilidad de enfrentarse intímamente con doña Paquita le hubiera hecho temblar de pánico. Ahora, el muy ladino, aceptaba, si no con arrojo, al menos con curiosidad, la amable solicitud de la dueña de la casa. Y había en su aceptación algo muy sutil de aldeana socarronería, como un principio de consciencia de que precisamente su timidez, su candor de mozalbete inexperto en el comercio venusino era lo que más encantaba a la dama y damiselas con quienes convivía. Hasta llegó a sonreír ante el sabroso doble sentido del sinónimo de convivir: «cohabitar», pensando que si cohabitaba bajo el mismo techo con aquellas beldades, no era del todo descabellado el deseo de cohabitar también con ellas bajo las mismas sábanas.

Prueba de cuanto digo fué la diligencia que puso en despojarse de sus ropas y saltar al tibio lecho, en donde—esto no lo sabía él con toda seguridad, pero con toda seguridad lo sé yo, y basta—, en donde, repito, inquieta de impaciencia, doña Paquita le esperaba.

Para lo que no tuvo suficiente valor fué para aproximarse al magnífico cuerpo de la solicitadora. Y habría permanecido a una respetuosa distancia, si ella no le hubiera dispensado de semejante consideración:

—Acércate a mí, Gerardo... Hace frío... ¡Oh, estás hecho un bloque de hielo! ¡Ven que te caliente!

El roce con el vientre, de una suavidad de pétalo, no tardó en ejercer su excitadora influencia. Sin necesidad de más comprobación, doña Paquita dióse en seguida cuenta del fenómeno; pero, por el momento, lo que más convenía a sus planes era no darse por enterada.

Razón tenía Gerardo para extrañarse de que doña Paquita le hablase ahora de tú, cuando hasta aquel instante el «usted», si con él hablaba, era de una fuerza y de un vigor casi agresivos. Le explicó ella que, por dar ejemplo a las sobrinas, le hablaba de usted, contrariando sus naturales deseos de tutear a un chico como él, a quien desde el primer día consideró como a uno de la familia.

Al escuchar después Gerardo el motivo que había tenido para solicitar su visita a aquellas horas de la noche, sonrió levemente, sonrisa que nos demuestra otra vez que sus diálogos con Luz le habían iluminado por modo poderoso acerca de los procedimientos y las genialidades femeninas.

Le había llamado porque era tan grande el interés que el chico había logrado despertar en su abultado y generoso pecho, que la obligaba para consigo misma hasta el extremo de exponerse a que él juzgase equivocadamente su—lo recono-

cía—un poco insólita conducta. Ciertas observaciones le hacían creer que su pupilo sabía muy poco o nada de las mujeres, y le inquietaba la idea —¡le estimaba tanto!—de que el primer día que tuviese que llegar a ciertas e ineludibles intimidades con una mujer, el papel que el pobre chico hiciera no fuera de los más airosos. Como su interés por instruirle era un poco pedagógico, su conciencia de mujer honrada no tenía nada que reprocharle. Además, ella, desde la muerte de su marido, había renunciado a todo placer erótico, renuncia, afortunadamente, tolerable sin grandes sacrificios, por los buenos designios de la naturaleza, que desde entonces había abolido en su pobre carne mortal todo deseo pecaminoso.

—No puedo consentir, Gerardo, que llegue un día en que sirvas de mofa—tú, tan inteligente, tan bien dotado para triunfar en la vida—a una mujer que no sepa apreciar el valor de tu candor y tu inexperiencia. Soy de opinión que lo mismo que se enseña a las jóvenes al baile, por ejemplo, y otras gracias de sociedad, se debe enseñar a los muchachos—a los que lo necesiten, claro está—lo que les sea útil para quedar airosamente en su primer íntimo contacto con una dama.

Todas estas justificaciones y otras muchas más que doña Paquita se creyó en la obligación de exponer para, en resumidas cuentas, no lograr cierta

apariencia de verosimilitud en favor de su conducta, por todos conceptos franca y resueltamente injustificable, las escuchó Gerardo con una ligera contracción facial, que ella, en su entusiasmo por la próxima realización de un deseo durante largo tiempo contenido, no supo interpretar con la debida clarividencia. La contracción facial de nuestro héroe no significaba otra cosa que su acertado enjuiciamiento sobre las inconfesables intenciones de su solícita patrona. Pero su convicción, por otra parte, de que todas aquellas mentiras redundarían en su beneficio, le aconsejaba fingir la más candorosa de las credulidades.

Toda la facundia de doña Paquita fué dedicada exclusivamente al introito justificativo. En seguida, sus ansias de entrar en materia la aconsejaron, a su vez, extenderse en el mínimo de consideraciones posible.

Tenía ella, como casi todas las mujeres, en cuestiones de amor, su afición especializada... Por esto instruyó en eso a Gerardo, con manifiesta desatención hacia otras etapas de la carrera para cuya matrícula tenéis perennemente oficinas abiertas en la acreditadísima escuela de Venus.

De pronto saltaron a los pies de la cama las ropas de la misma, y Gerardo vió—la verdad, sin excesivo asombro—que su instructora asumía una actitud de humildísima reverencia...

Antes de dedicarle la ofrenda de sus labios, la

oficiante quiso aclarar, siquiera fuese muy someramente, el sentido ritual de la ceremonia.

—Hijo mío, el mundo está perdido. Según mis noticias, es bastante frecuente tropezarse con mujeres pervertidas que no conciben el acoplamiento normal sin ciertas y previas abominables diabluras... Parece que una de las más usuales es ésta... Has de saber, mi buen Gerardo, que el hombre debe recibir todas las caricias con muestras inequívocas del placer de sus sentidos. Además de constituir ello una galantería, es lo menos que puede hacerse para exteriorizar el agradecimiento. No hay nada más desagradable, nada que produzca una impresión de mayor frialdad que un hombre—bueno, o una mujer—que no sepa evidenciar con gestos, ayes, suspiros y dulces palabras el gozo que en los momentos de la amorosa demencia está experimentando. Tampoco las muestras del placer deben ser excesivas ni desacompasadas, pues a las veces despiertan en el copartícipe de la amorosa pelea un prurito de hilaridad irresistible. Y ya sabes que la risa es el más eficiente antídoto de la voluptuosidad.

El tono del parlamento recordó a Gerardo los consejos de Don Quijote a Sancho, y a buen seguro que, de seguir la dama su discurso, se hubiera demostrado allí mismo, por manera irrecusable, que, en efecto, nada hay más antiafrodisíaco que una manifestación de lo grotesco que mueva a incontenible risa.

Pero pues que la dama ya estaba también impaciente por entrar en las vías de hecho, se acabó el discurso, y Gerardo, por vez primera en su vida, supo de un deleite tan intenso que, a su final, hubo de sentir la cabeza hueca, como si la misma médula se hubiera creído en el deber de decirle: «¡Vaya, adiós para siempre!»

No estaba ni medio mal la preferencia sensual de doña Paquita. El, desde luego, no tenía una experiencia anterior, pero, sin embargo, estaría por jurar que ninguna otra mujer sabría comportarse con arte tan refinado y eficaz.



CAPÍTULO IV



De forma tan arrebatada se prolongó el mutuo besuqueo que no habrían tardado ni uno ni otro mucho tiempo en sentirse nuevamente capacitados para otra venusina ofrenda, si en la puerta de la alcoba no se hubiera sentido un suave golpear, reiterado varias veces ante la obstinada callada por respuesta de doña Paquita.

No hubo más remedio que abrir. Y ahora reconoced como muy razonable el asombro de ambos al ver entrar en camisa a Gloria, la sobrina mayor. Había oído un rumor de charla en la alcoba de la tía, y, temiendo que se tratase de una repentina indisposición de alguien de la casa, habíase decidido a informarse de lo que hubiera podido ocurrir.

Doña Paquita, turbada, nerviosa, tartamudeante, se asió del cabo que la misma sobrina le había

tendido al hablarle de una indisposición de alguien de la familia.

—Sí, hija, sí. Figúrate, si no, cómo iba a estar aquí Gerardo. Le sentí quejarse, me incorporé en la cama y minutos después oí que llamaban aquí a mi puerta. Apenas le abrí me dijo: «¡Ay, doña Paquita, que me muero, que no sé lo que tengo!» ¡Pobrecillo! No pudo decir más. Cayó en mis brazos sin sentido. Por no alarmaros, le acosté en mi cama, y aquí está. Creo que se le pasará pronto.

El picarón almeriense, aunque desde un principio hízose el dormido, dejando a doña Paquita el cuidado de explicar su presencia en la alcoba, en cuanto oyó el relato de lo ocurrido empezó a suspirar trabajosamente y a iniciar una lenta y penosa reapertura de sus hermosos ojos negros, más hermosos a la sazón por las profundas ojeras que las lecciones que acababa de aprender le habían originado.

Gloria se compadeció del pobre muchacho.

—Mira, tía, parece que vuelve en sí. ¡Cómo habrá sufrido, sólo en su alcoba, mientras no se decidió a llamarte!... Gerardo..., Gerardo, ¿quiere usted que le haga una taza de té o de tila?

—No, muchas gracias, Gloria, muchas gracias. Ya va pasando. Fué un vahido. No es la primera vez... Es el estómago... ¡Ay!

Gloria pareció meditar un instante, y luego, después de cerrar concienzudamente por dentro la puerta, como si la decisión que acabase de tomar



Al ver entrar en camisa a Gloria.

no pudiese ser contrariada por todas las posibles objeciones de la tía.

—Lo mejor será—dijo a ésta—que yo me quede con ustedes. Este chico no está para volver a su cuarto, y si se le repite ese vahido, tú no estás, tía, con el costipado que tienes, para salir de la cama.

—Pero hija, ¿quién te ha dicho que yo estoy costipada?

—Ah, ¿no? Bueno, es lo mismo. Entre que la que tenga que levantarse sea tú o yo, la elección no es dudosa. Anda, déjame sitio en la cama. Deja a Gerardo en medio. Así, en donde está. Afortunadamente, la cama es grande y hay sitio para todos.

¿Fué la misma seguridad del tono con que hablaba la sobrina lo que atemorizó a la tía? No se sabe nada, aparte de que los deseos de Gloria fueron realizados al pie de la letra.

Al sentir contra el suyo—y por cierto con una presión bastante intensa—el cuerpo apretado y duro de Gloria, nuestro afortunado doncel temió que efectivamente llegase a ponerse malo. Máxime cuanto que la muchacha había recomendado a su tía, con el mismo tono, casi imperativo de antes, que se desentendiera de todo y se durmiera, pues si algo sucedía, ella quedaba despierta para llamarla inmediatamente. Y doña Paquita, obediente, con una docilidad que Gerardo no acababa de comprender, volvióse hacia el otro lado, y a los pocos mi-

nutos quedábase o fingía quedarse profundamente dormida.

El amigo Gerardo tenía razón sobrada para justificar su asombro. Primero, una de las sobrinas, Luz, que confiesa haber perdido la virginidad hace tiempo, y que, sin embargo, cifra el máximo deleite en comportarse como una colegiala pervertida; segundo, la tía Paquita, que, al igual que Luz, se niega a una posesión normal y completa y se empeña en que el cuerpo del hombre es como un vaso, como una copa de placer que ha de beberse. Por último, aquella entrada de la otra sobrina y aquella decidida introducción en el mismo lecho, para acabar obedeciendo humildemente la tía a la sobrina, quizá pensando en que nada excita tanto los sentidos como la asistencia disimulada a los amorosos juegos de dos amantes.

Ya se preparaba Gerardo a escuchar otra bonita historia de labios de Gloria, en vista de que las dos anteriores se habían distinguido por su afición a los amplios desarrollos verbales, cuando la oyó musitarle al oído:

—Cuando quieras, mi nene.

Vaya, Gloria no quería perder el tiempo en rodeos inútiles. Ni, por lo visto, era aficionada a escarceos extravagantes. Cierto que no había más que contemplar su maravilloso cuerpo de morena para comprender que el fuego que pudiera arder

en sus entrañas necesitaba una extinción normal y completa, sin requilorios, refinamientos ni exquisiteces.

Y buena prueba de ello fué que atrajo al muchacho sin añadir una sílaba y gozó furiosamente, sí, pero sin grandes aspavientos, sin salpicar la cópula con vociferaciones explicativas de la intensidad del deleite. En resumen, Gloria era una mujer que sabía hacer las cosas en serio.

¡Por fin conocía el afortunado almeriense el amor íntegro con que tanto había soñado! Y como era la suya una sensualidad sin perversión, una carne joven y sana, terminó juzgando con indudable acierto que valía cien veces más la simplicidad de Gloria, el placer experimentado al tomar posesión absoluta de su cuerpo magnífico, que todas aquellas complicaciones y caprichosas exigencias de la tía y la otra sobrina.

Muy bien. Aquello estaba perfectamente bien. Pero ¿y lo otro? Lo otro, claro está, era lo único que no estaba claro... Y lo único que no estaba claro era aquel anuncio solicitando un huésped único, cuando, por lo visto, aquellas cuatro mujeres lo que necesitaban era, quedándose muy corto, un corpulento jayán para cada una.

CAPÍTULO V



f, porque, francamente, él solito no tenía fuerzas para servir a todas. No cabía duda: Gloria estaba por la cantidad y no por la calidad. Apenas habían pasado unos minutos cuando la regia morenucha empezó a pedir: «¡Que se repita! ¡Que se repita!»

Y la situación hubo de complicarse mucho más, porque he aquí que doña Paquita se agitó suavemente y, aunque con apariencias de seguir dormida, extendió el brazo, y la mano, suave y gordezuela, vino a posarse sobre aquello que en la escultura del almeriense era como un certificado de que el pobre chico se hallaba fuera de combate.

—La vida—filosofó Gerardo—, después de mi experiencia con estas señoras, vale la pena de ser vivida. Pero si me entrego a la voracidad de estas fieras, la vida para mí va a ser un soplo. Y eso, no.

En resumidas cuentas: que Gerardo comprendió que tocaban a irse. Había llegado la hora de huír. Una huída discreta, pero una huída. Que consistió a la sazón en pasar sobre el cuerpo de la tía, dejando a ésta en medio y en directo contacto, por consiguiente, con su sobrina de su alma.

Pero cuando ya se hallaba al borde del lecho, dispuesto a descender de él, observó que la tía se estrechaba contra el cuerpo de Gloria de modo tan apremiante, que se le ocurrió trocar el propósito de irse por el de volverse a acostar, imitando lo que anteriormente hiciera doña Paquita, esto es, fingir el más profundo e imperturbable sueño.

La primera en hablar fué Gloria.

—No, Paquita, no; déjame. Ya sabes que no me gustan estas cosas.

Pero ¿cómo? ¿La sobrina llamando a la tía por su nombre?

La tía, por lo visto, no renunciaba a su designio, porque Gerardo la oyó decir:

—Tú sabes que a mí estas cosas tampoco me interesan. Pero hija, a ver qué hace una. Este muchacho no está ya para más trotes. No lo niegues; tú tampoco estás satisfecha. Ada, tontina.

—Además, Paquita, no conseguirás nada. Por mucho que me abraces, por mucho que me estreches contra ti, yo no sentiré nada en absoluto

—¿Y si no se tratara de eso?

Poco tardó Gerardo en saber de qué se trataba. Gloria supo inmediatamente de una caricia seme-

jante a la que él mismo había experimentado por parte de Paquita.

—¡Déjame ya, por lo que más quieras! ¡Me matas!...

Pero ella se dejaba asesinar una y otra vez. ¿Quién podría dudar ya de la práctica de doña Paquita después de haberla visto realizar aquel magnífico truco? Hubo un momento en que Gloria se aproximaba al tercer deliquio... Y Paquita aprovechó el instante para abandonarla...

—¡No, eso no! ¡Sigue o me muero!

Los ayes de Gloria en el instante definitivo se unieron a los desaforados de doña Paquita en el mismo dulcísimo trance. La primera gritaría por costumbre, por necesidad nerviosa ineludible, caso no excepcional en buen número de mujeres. Pero la segunda, aunque normalmente era muy capaz de sumergirse sin despegar los labios en los más profundos abismos placenteros, en aquella ocasión, tal vez por la multiplicidad de los actos practicados, se puso, como su sobrina, a alborotar, no ya la alcoba sola, sino la casa entera.

—Bueno, lo que es ahora se llena la alcoba de gente—pensó Gerardo.

Pero, con gran sorpresa suya, nadie irrumpía en ella preguntando qué demonios pasaba.

En su vista, aceptó, siquiera fuese provisionalmente, como no muy descaminada la posibilidad de que nadie hubiese oído en la casa la escandalera formidable de las dos turbulentas gozadoras.

CAPÍTULO VI



En aquella casa había gato encerrado. ¿De qué índole era el felino? A esto era a lo que no podía contestar.

¿Le convenía, por otra parte, empeñarse en descubrir el misterio? ¿No se perdería todo, como consecuencia de una curiosidad excesiva? Lo más prudente era asumir esa actitud de inhibición maliciosa que los andaluces vierten al lenguaje vulgar con la socarrona expresión de «hacerse el lorgui».

Y los días, así, se deslizaron plácida y gustosamente. Quizá con un poquito más de lo segundo que de lo primero. Una y otra vez, cada una de las tres mujeres encantaron al chico con el ejercicio de sus especialidades... ¿Habrá que decir que Gerardo supo aprovechar las lecciones? Llegó un momento en que, libre ya de las disciplinas pedagógicas, se puso a crear por su cuenta. Indudable-

mente era un gran intuitivo erótico. Porque aprendió todo cuanto ellas pudieron enseñarle, y en lugar de tirar los libros, apenas alcanzó auténticos y brillantes sobresalientes, se preocupó desde aquel momento en descubrir por sí mismo nuevas posibles perfecciones. Hoy descubría, por ejemplo, que la aceleración del ritmo en éste o en aquel instante intensificaba la gloria del supremo deliquio. Mañana, que la galante inmersión masculina en busca de corales femeninos debe descomponerse en tres tiempos: *maestoso, allegro* y *molto aggitato*...

En su imaginación, al referirse a «ellas», prescindía siempre de Gertrudis. Respecto a esta criatura no había más remedio que quedarse con las ganas. Había que reconocer que a ella el señorito Gerardo le importaba una higa. Lo contrario precisamente de lo que le ocurría con Dionisia, la segunda doncella. Datos tenía Gerardo sobre el linaje de las aficiones de Gertrudis como para descorazonar al hombre más seguro de su acometividad y de su ciencia.

Iba a hacer un mes que cohabitaba Gerardo con aquellas espléndidas y dadivosas mujeres—se habían trasladado a la calle de Ferraz al principio de noviembre—cuando, una tarde, Luz, la silente y serena Luz, la encantadora «mosquita muerta»,



Las sáficas desviaciones de Gertrudis.

la imponderable ingenua pervertida, llamó a Gerardo a su dormitorio.

La encontró él metidita en la cama. Sin el lujo y *confort* de la alcoba y la indudable apariencia de salud de la muchacha, contemplándola, se nos hubiera ocurrido la imagen de la colegiala enferma.

—No, Gerardo—le explicó—; me encuentro perfectamente. Lo que pasa es que con una tarde así, con esta niebla, el viento y la lluvia, en ninguna parte se está mejor que en la cama. ¿Quieres que te haga un sitito a mi lado?

—Si no me lo hubieras dicho, yo te le hubiera pedido.

—Pero es que yo quisiera... acostado de verdad.

—Es que si no fuera así no me acostaría.

Bastaron, lógicamente, los primeros besos y los primeros contactos para decidirlos a dedicar a Venus una dulce ofrenda. Pero una ofrenda de colegiales, de perfecto acuerdo con la imagen que ella sugería.

Para otro hombre de más experiencia que Gerardo hubiera sido de una evidencia incontestable que el caso de Luz era el de una muchacha enviciada en aquellas prácticas elementales. Y así encendíase la nena en los más intensos furores lascivos, al sentirse tan rudimentariamente acariciada, como si en realidad gozase algo extraordinario y singular inventado por la imaginación más exigente y desquiciada.

—¡No voy a poder olvidarte nunca, Gerardo de

mi vida! Decididamente, cada uno nace para una cosa, y tú has nacido para esto... ¡Abrázame! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

Sonrió Gerardo. Según Luz, él había nacido para aquello. Lo malo era que las otras dos también solían decirle que había nacido para esto y para lo otro... Vamos, era realmente como para sentir un poquito de vanidad...

Encalmada la niña, Gerardo no pudo contener, pese a sus más firmes propósitos, el deseo de sondearla con toda discreción, por ver si le descubría algo del misterio que se encerraba en aquella casa.

—El otro día,le dijo—me extrañó un detalle... Oí a Gloria llamar a tu tía por su nombre. La llamó Paquita, sencillamente, como si se tratase de una amiga, ni más ni menos.

La carcajada que provocó en Luz su descubrimiento fué para él de una claridad meridiana. No tuvo que insistir mucho. La encantadora nena cantó de plano.

Se lo iba a decir todo, porque con ello no faltaba a la palabra empeñada con sus amigas. La mañana del día siguiente era el momento señalado para revelarle la verdad. Lo mismo daba, pues, anticiparse unas horas.

—¡Gerardito de mi vida!—exclamó—. ¡Aquí no hay tía, ni sobrinas, ni doncella!

—Pero ¿a qué venía ese engaño?

El autor de esta desdichada historia os lo va a decir. Las cuatro mujeres no eran más que cuatro

entretenidas que residían habitualmente en San Sebastián. Eran amigas íntimas. La vida ociosa y el exaltado temperamento con que quiso dotarlas mamá Natura las impulsaba a imaginar «extravagancias» para no morirse de monotonía y hastío.

Como él había sospechado, Gertrudis era una lesbiana irredimible. Un día que se reunieron las cuatro en casa de Paquita, ésta las recibió saltando de contento, como una cabra demente, y asegurándolas que se le había ocurrido una idea genial, lo que se dice una idea genial. Y esa idea era la que habían puesto en práctica.

Ocurrencia que consistía en lograr, con cualquier pretexto, de sus respectivos sostenedores, una licencia de un mes; venirse a Madrid, alquilar un piso amueblado y poner un anuncio solicitando un huésped único. El encanto de la aventura consistía en asistir al desfile de aspirantes y elegir de entre ellos el que más gustase a las cuatro.

Desde luego, el elegido había de ser un muchachote poco experimentado, o que se lo pareciera a ellas, claro está. Todas estaban de acuerdo en que la iniciación de un neófito es una de las más hondas delicias eróticas. Otro atractivo de la «locura» era el llegar a fingir tan admirablemente el parentesco de tía y sobrinas, que acabasen ellas mismas por autosugestionarse, hasta convencerse de que, en realidad, cada concesión que hicieran al privilegiado doncel constituía algo vergonzoso e inconfesable, algo así como un atentado al respeto que debían merecerles la honorabilidad y severidad de costumbres de la familia. Las sáficas desviaciones de Gertrudis serían servidas poniendo otro anuncio solicitando una segunda doncella. No tenía Gertrudis que hacer otra cosa que elegir el manjar que se le antojara más delicado y exquisito.

Tal vez por el hecho, ya apuntado, de tener Gerardo «la mosca en la oreja» en lo que se refería a los verdaderos lazos de unión de sus cuatro geniales patronas, el relato de Luz no le causó la sorpresa que ella esperaba. Y era, además, que en el fondo le daba lo mismo, pues que lo más interesante que podía lograrse de ellas lo había él conseguido, como tía y sobrinas, como amigas simplemente o de la más estrambótica manera que se les hubiese antojado. Lo que sí le interesó fué la confirmación de sus sospechas en cuanto a Gertrudis y Dionisia.

—¿Y por qué —preguntó Gerardo— tuvo que fingirse Gertrudis primera doncella?

—¡Ay, hijo, por el afán que tenemos las mujeres de complicar las cosas! Por lo mismo que nosotras tres inventamos lo del parentesco: para rodear esa cosa tan simple que es el amor de un poquito de encanto y misterio. A ella lo que más le gustaba era creerse una doncellita de casa «bien», coqueta y viciosa, sin otra preocupación que robar perfumes a sus señoritas y conquistarse a todas las segundas doncellas que le pusieran a

tiro. ¿Tú sabes las cosas que se dice Gertrudis a sí misma cuando se mira al espejo y se ve con su delantal y su cofia de crespón blanco? Estoy por decirte que, para mí, a Gertrudis, la mujer que más le gusta es la misma Gertrudis.

—Pero, Luz de mi alma, se te ha olvidado lo principal. ¿Por qué había de ser mañana por la mañana el momento señalado para revelarme la verdad de todo lo ocurrido?

Luz se preparó a dar «la gran noticia». Y con una contracción de los labios que podría interpretarse como recurso para velar su emoción, dijo:

—Hijo mío..., porque mañana por la mañana regresamos todas a San Sebastián.

... ...

Gerardín, sinceramente apesadumbrado, se fué a su alcoba y empezó a hacer el baúl. El divino sueño había durado muy poco... Motivo sobrado para dar a aquella separación el tono emocionado de las despedidas sentimentales.

Pero se miró al espejo y contempló sus profundas ojeras, y la manera alarmante como se le iba afilando la nariz, y el color demacrado de la tez...

Un poquito de filosofía no está mal de vez en cuando, y el lindo almeriense exclamó, como en el final de cualquier comedia amerengada de Linares Rivas:

—¡Más vale así!...

FIN

